

MUSEO DE BELLAS ARTES

Carlos Arias: un campo de flores bordado

AMALIA CROSS

Frente a la obra de Carlos Arias (Santiago, 1964) pienso que bordar es un arte extraño.

Si bien el bordado opera como la pintura, en unidades de color sobre un lienzo, en la práctica se asemeja más a la escritura y a la meditación. Bordar, escribe el curador en el catálogo de la exposición, “es la apertura hacia un modo de pensar y experimentar el tiempo”. Esa experiencia es la de estar sentado, pensando y urdiendo la conexión de una letra con otra, dando una puntada tras otra. De hecho, las mujeres aprendíamos a escribir bordando. Primero el abecedario, luego el nombre propio con aguja e hilo, en lugar de lápiz y tinta. Es también, por eso, un arte que tiene a la intimidad y a la biografía.

CARLOS ARIAS.
CHILE:
AMNESIA DE LA VERDAD.
Curaduría de Cuauhtémoc Medina

Sala Chile - Museo Nacional de Bellas Artes
Hasta: 17 de diciembre de 2023

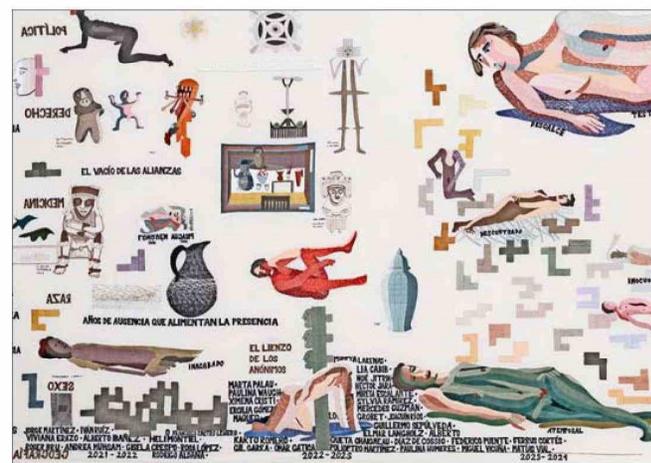
En el caso de Arias, a la autobiografía.

Cada una de sus obras —22 piezas bordadas— nos muestra el desarrollo de su trabajo como artista desde los años noventa, cuando dejó la pintura por el bordado. Un trayecto que se extiende longitudinalmente en el tiempo y en el espacio, en obras como *Jornadas*, una pieza de 22 metros realizada durante 29 años (desde 1995 hasta 2021), o en los 6 metros de largo de *El lienzo de los anónimos* (2021). Aquí la mirada recorre la exposición lentamente en una lectura con cuentahilos dentro de un montaje simple, pero funcional.

Cada una de sus obras nos muestra, entonces, aspectos de su vida. Una idea que nos remite a la metáfora clásica de la vida como un hilo continuo —controlado, en

la mitología griega, por las tres Moiras— que no se corta hasta la muerte. En sus obras aparecen los lugares que ha visitado; la insignia del liceo Manuel de Salas; sus antepasados: desde figuras precolombinas a las esculturas de sus familiares artistas; monumentos públicos; cuerpos recostados y desnudos; la figura de San Sebastián, mártir ícono de los homosexuales; los nombres de sus amigos muertos; las consecuencias del golpe de Estado, la violencia —“en el 73 a mí me encañonaron”, se lee en una frase bordada— y su exilio en México. En este sentido, para Arias bordar es también una forma de combatir el olvido y contrarrestar la amnesia de un país, porque “en el bordado tengo la memoria y el soporte”. Un soporte para narrar la historia política como una crónica personal y triste y para afirmar que, a pesar de la desesperación, se es “feliz en el tercer mundo”.

Su manifiesto hecho obra se ti-



Detalle de *El lienzo de los anónimos* de Carlos Arias, 2021. Bordado, 210 x 620 cm.

En *Es difícil no adjetivar* (2016) y es un paño vertical con un texto de flores bordado: “una hebra, un hilo, escriben, levantan un concepto, realizan una idea y laboriosamente crean una forma”. En particular, me interesan las for-

mas de los cuerpos masculinos recostados y desnudos que adquieren relieve con los hilos. Cuerpos que me recuerdan a la obra de Abigail, un personaje creado por Siri Hustvedt en la novela *El verano sin hombres* (2011). Abigail es

una señora mayor que borda, como muchas otras señoras, paños de cocina y fundas de teteras. Pero al darle la vuelta, sus objetos cotidianos revelan escenas eróticas y fantasías de mujeres al borde del orgasmo. La obra de Arias es ese revés puesto hacia adelante, es decir, una obra que exhibe lo que Abigail esconde: fantasías, miedos, recuerdos, dolores, deseos, sexualidad, el placer de lo artesanal y mestizo, palabras invertidas o los restos de hilo dispuestos en las esquinas como un espacio geométrico de color.

Aunque en Chile su trabajo se ha exhibido poco —en 2019 en el MAVI y ahora en el MNBA—, su obra es parte de una notable tradición. Una hebra que atraviesa lo mejor de nuestra historia del arte y que va desde Violeta Parra y las Bordadoras de Isla Negra a una serie de notables artistas contemporáneas que han encontrado en el bordado posibilidades de reinención del arte.